

CAPÍTULO V.

Pero aun me falta mucho para haber acabado la entera descripción de la secta, y prosigo su estudio justificando la durísima calificación que es necesario aplicar á esta escuela, á saber : *secta de ateos y de Sofistas*.

La palabra *Sofista* está ya justificada. Voy á justificar ahora las otras dos : *secta de ateos*.

I.

Tal vez nunca se ha mostrado el espíritu de secta tan ciego, tan estrecho, tan ensoberbecido, tan lleno de visible entusiasmo por todo lo que es de la secta, y sobre todo tan henchido de desprecio por lo que no es de ella.

Si se quiere formar alguna idea de esto, es menester volver á leer en la enérgica y saludable y necesaria *Advertencia* del Obispo de Orleans el

capítulo intitulado : *Sus pretensiones y su objeto*.

Esta escuela se llama á sí misma la escuela crítica; y hé aquí su pensamiento : que el espíritu humano data del « advenimiento de la crítica ¹. »

« Ya no hay, dicen, filosofía verdaderamente viviente y actual como no sea la que procede de la « grande escuela crítica del último siglo. *Todo lo que precede á esta revolucion ha muerto*. Descartes « y Leibnitz pertenecen á la historia, como tambien « Platon y Aristóteles. Su filosofía es de otro tiempo... ¡ No puede ya responder á las necesidades nuevas « del pensamiento moderno!... Al pensamiento de « nuestro tiempo le hace falta otra cosa ². »

Conque todo está muerto, excepto la secta; ¡ ella sola puede satisfacer las necesidades nuevas del pensamiento moderno! Pues parece que hay un pensamiento moderno, el que ha hecho la ciencia nueva de que tendremos ocasion de hablar.

Á propósito de las cuestiones que parecian irresolubles, dicen : « La nueva filosofía ha venido á poner « término á esa antítesis con una síntesis necesaria, « en nombre de una *lógica superior* á la del entendimiento ³. »

Quiere decir, que desde el advenimiento de la crí-

¹ Vacherot, *la Metafísica y la Ciencia*. Prefacio.

² *La Metafísica y la Ciencia*. Prefacio.

³ *La Metafísica y la Ciencia*, tomo II, p. 446.

tica, hay una lógica del entendimiento y otra lógica de la razón. Ciertamente es que hay dos lógicas para la nueva filosofía; bien lo hemos visto.

La lógica del entendimiento es la misma de los antiguos y de los modernos hasta estos últimos tiempos. Es Aristóteles y Platon, Descartes y Leibnitz, y todos los demás. Pero la lógica de la razón data del advenimiento de la crítica.

Esta secta es pues, tenedlo bien entendido, la que introduce en el mundo la *razón*: antes que ellos vinieran, el espíritu humano se fatigaba en la *esfera del entendimiento*.

Por otra parte, los críticos nuevos, aun « los contemporáneos, no han hecho hasta ahora más que « preparar el terreno en el cual LA CIENCIA NUEVA, la « verdadera metafísica del siglo decimonono, podrá « levantar sus contrucciones! »

Su principio, al que dan el nombre de crítica y del que dicen: « La crítica ha nacido en nuestros días ¹, » es, según ellos, « el principio dominante « de la verdadera historia, como de toda verdadera « ciencia, y puede decirse que sin él no existen ni la « historia ni la ciencia ². »

Por eso « la historia no tiene cuarenta años ³, »

¹ M. Renan, *Estudios de historia religiosa*, p. 1.

² M. Havet, *Revista de Ambos Mundos*.

³ M. Renan, *Ensayos*, p. 106.

dice uno de ellos. Otro añade: « La historia es « nuestra contemporánea... En tiempo de Bossuet « no existió la crítica era desconocida para Montesquieu ¹. » « Hasta ahora, dice otro también, en « historia no había más que materiales, pero no teoría « científica. Esta teoría comienza por M. Comte... « Merced á este inmenso descubrimiento, el círculo « del mundo intelectual está hecho, como lo fué en « otro tiempo el del globo terrestre por Vasco de « Gama y Magallanes. » Así habla M. Littré ².

En tal estado de cosas, declaran lisamente: « que « su principio ha abierto entre el pasado y el por- « venir, en el orden intelectual, un abismo imposible « de salvar. »

Es, según se expresa uno de ellos, « ¡ una nueva « institución de las inteligencias! »

« Esta institución de las inteligencias es la influen- « cia que más contribuye á separar el *régimen mental* « de los modernos, del régimen mental de la antigüedad ³. » El mismo autor anuncia « UNA REGENERACION « RADICAL QUE, CAMBIANDO TODAS LAS CONDICIONES MEN- « TALES, CAMBIARA PARALELAMENTE TODAS LAS CONDICIO- « NES MATERIALES ⁴. » ¿ Ha ido nunca más lejos la barbarie sectaria?

¹ M. Taine, *Filósofos franceses*, p. 298.

² *Diccionario de Nysten*, art. *Sociología y fisiología*.

³ M. Littré, *Conservacion y positivismo*, p. 38.

⁴ *Ibid.*, p. 170.

Reconozco que hay un abismo entre el estado mental de esta secta y el estado ordinario y universal del espíritu humano. También admito que el principio nuevo constituye este abismo. Pero añaden:

« Los que todavía rehúsen admitir este principio, nada tienen que hacer con nuestros libros, y por nuestra parte tampoco tenemos que inquietarnos por su oposición ó censura, pues no escribimos para ellos... »

« Las dos críticas, dicen, carecen de acción una sobre otra; son dos líneas que no pueden encontrarse, aunque no sean paralelas ¹. »

¡Y declaran en toda ocasión que no responden á la crítica antigua sino con « la gran doctrina del desden trascendente ! »

« El desden, dice á propósito de esto uno de los maestros ², es una fina y deliciosa voluptuosidad que se saborea á solas. Es discreto, porque se basta á sí mismo. »

Y en otra parte añade : « Hay cierta elevación de alma que no se obtiene sino por el hábito del desprecio ³. »

Es decir que nos encontramos en el caso singular de que una secta de sofistas comienza por declarar

¹ M. Havet, *l. c.*

² M. Renan, *Ensayo de moral y de crítica*, p. 188.

³ *Ibid.*, p. 209.

que ya no discutirá con los que no admiten desde luego el principio de la secta.

Tenemos pues aquí un principio nuevo, que data de hoy mismo, puesto que él es el que divide el espíritu humano en dos épocas, el futuro y el pasado. Este principio tiene en su contra todo el pasado del género humano; acaba de establecerse entre nosotros, y desde el primer día declaran sus sectarios que no escriben para los que rehúsan admitirlo y que ni aun se cuidan de los que se oponen á él.

De seguro que es este el ejemplo mas extraño de excomunión que pueda encontrarse en la historia.

¿ Pero cuál es ese principio nuevo destinado á ser el axioma del porvenir? Voy á darlo á conocer.

Confieso ante todo que escribo contra y para los que admiten el principio nuevo y desechan el antiguo principio del espíritu humano.

Creo hallarme en estado de afirmar que se engañan al sostener que ninguna de las dos críticas tienen asidero una sobre otra. Pues si se trata de la crítica nueva que tiene por esencia el principio de « que una aserción nunca es mas verdadera que la aserción opuesta ; » si se trata de la crítica que tiene por esencia la negación del principio primordial, necesario y fundamental de la razón, es decir la abolición de la diferencia entre la afirmación y la negación, concedo que esta crítica no puede tener el

menor asidero en la crítica antigua. Mas yo sostengo que la crítica antigua, que tiene por esencia la atención y que se apoya en las leyes y axiomas necesarios y universales de la razón, puede alcanzar á la crítica nueva, pues en este mismo momento, si no me equivoco, la antigua crítica tiene el honor de que la otra se halle muy sólidamente asida por mis débiles manos.

Opino pues que se puede siempre discutir con el adversario de buena fe, y hasta con todo adversario, aunque esté de mala fe. En este caso, ya no se habla para el adversario de mala fe, sino para los que pudiera él engañar. Además, yo no supongo aquí en parte alguna mala fe, y por lo tanto con ellos hablo y para ellos escribo. Hay un abismo entre nosotros, esto es evidente; pero la palabra y la razón pueden atravesar el abismo; las almas libres pueden, cuando quieren, cambiar su dirección, y, desplegando sus alas en la luz, volver á este lado del abismo, á la mansión del género humano. Escribo este libro contra los sofistas y para ellos. Analizo su doctrina, discuto su principio y describo minuciosamente su forma intelectual y su estado mental, que conozco á fondo.

Y por de pronto discuto su principio.

II.

Trabajo costará el creerlo, pero preciso será que se crea al verlo con sus propios ojos: este principio que separa con una valla insuperable el porvenir y el pasado del género humano, este principio que constituye la esencia misma de la ciencia; este principio que todo hombre debe hoy adoptar sin discusión, si quiere ser contado entre aquellos para quienes y á quienes se habla, este principio no es otra cosa que el ateísmo.

¡ El ateísmo sin frases, el ateísmo sin discusión, hé ahí el principio y el axioma de la filosofía nueva!

Pero ántes de dirigir contra ningun escritor esa tremenda acusación, he entrado en mí mismo, y debo decir que durante varios días me ha sido como imposible escribir sobre este asunto. Creo haber sentido en mi conciencia que Dios me advertía. Paréceme que he comprendido esta advertencia, y he pedido la gracia de ver las cosas tales cuales son en el fondo, y luego, sobre todo, de no perder, en mi corazón ni en mis palabras, la justicia y el amor que debo á todo hombre viviente. En el día estoy segurísimo de que mis actuales disposiciones de espíritu y corazón me permiten hablar.

Y desde luego debo decir que no he encontrado

entre los hombres conocidos mas que un solo ateo completo, consecuente, radical. Este caso es raro.

El ateísmo absoluto, firmado é impreso, se hizo constar en Alemania durante la orgía intelectual de 1848. Hubo miserables que osaron firmar esto : « Que cada cual sea para sí mismo su Dios y aprenda á gozar contra todos. ¡ Pueda yo ver, en lugar de esa virtud vulgar que me importuna, grandes crímenes, robustas maldades ! »

Si esas palabras no fueron firmadas durante la embriaguez propiamente dicha, ese es el ateísmo cabal.

Ahora bien, entre los escritores á quienes combato aquí, declarando y demostrando que son sofistas y sectarios, no hay uno solo que tenga esa clase de ateísmo.

Dicen estos en sus escritos y dicen en su espíritu que no hay Dios ; pero no lo dicen en su corazón.

Yo pudiera decirles : Creéis en el deber y en el derecho, en la justicia, en la libertad, en la necesidad de la abnegacion y del trabajo para vuestros hermanos : luego vuestra alma está unida á Dios en eso.

Y esto es, creo yo, lo que explica el extraño fenómeno de que, aun enseñando el ateísmo y propagándolo con celo, sostengan sin embargo que no son ateos.

Téngase á bien volver á leer el capítulo intitulado

Dios en la *Advertencia* del Obispo de Orleans. Es claro que todos estos escritores enseñan que no hay Dios, puesto que lo enseñan ; los textos están á la vista.

Y penetrado de lástima, repite uno la palabra : *ateísmo con mas una mentira*, cuando ve los pobres subterfugios y las restricciones mentales de que se valen para sostener que no son ateos, al mismo tiempo que dicen que no hay Dios. Todos ellos declaran : Nada hay sobre el hombre y la naturaleza. No hay sobre el hombre ni Dios, ni Providencia, ni ningun ser inteligente y libre. Hé ahí lo que enseñan todos. Pero el uno añade : Sin embargo yo no soy ateo, pues he dicho : « Mi Dios es el hombre. » Así habla M. Littré y algunas veces M. Renan. El otro dice : « Yo no soy ateo, pues sostengo que hay en el hombre cierta idea que es Dios. » Así habla M. Vacherot y á veces M. Renan. M. Havet dice tambien : « Lo que no está en la naturaleza nada es, ni puede ser tenido por nada, como no sea por una idea. » Pero ignoro si sostiene que esa idea es su Dios. El padre de toda la secta se ha elevado hasta esta restriccion mental inverosímil : « Fuera del hombre y de la naturaleza no hay mas que la nada, y esta nada es la que es Dios. Luego no somos ateos, puesto que proclamamos á Dios. » Así hablaba Hegel, y alguna vez M. Renan.

Resulta, pues, que todos aquellos de quienes se

trata aquí, y algunos otros, enseñan claramente en sus escritos que no hay Dios.

Nosotros decimos con toda la filosofía y todo el corazón humano : Existe la naturaleza, existe el hombre, existe Dios. Ellos dicen : Existe la naturaleza, existe el hombre y nada más. Luego son ateos, sea que añadan ó no añadan « que hay en el hombre cierta idea grande » á la que ellos llaman Dios.

Y sin embargo, lo repito, lo que me conmueve es el enérgico ahinco y la ardiente convicción con que varios de entre ellos sostienen que creen en Dios. Vuélvanse á leer, por ejemplo, ciertas páginas de M. Vacherot, llenas de elocuencia y ardor, donde pretende demostrar á Dios, hablar de Dios y adorar á Dios. Léanse las páginas donde M. Littré habla de la santidad del deber, del amor sagrado, de la abnegación religiosa con que el individuo, sin esperar recompensa, debe trabajar durante toda su vida y sacrificarse por el bien de la humanidad venidera. Esos hombres dicen en su espíritu : No hay Dios; pero repito que no lo dicen en su corazón. No son ellos como el insensato que ha dicho en su corazón : No hay Dios. Ellos no han dicho eso en su corazón, sino solamente en su espíritu.

Mientras hacia mi plegaria rogando á Dios me conservara en esta polémica la justicia y el amor, procuraba leer en mi alma el estado de esas almas; pro-

curaba palpar, ver y comprender verdaderamente el movimiento de esos corazones que á la par que niegan á Dios su Padre, hablan con sinceridad de amar y sacrificarse por sus hermanos. Procuraba, digo, comprender esas almas y su estado por mi misma alma que, como otras muchas en este siglo, ha pasado por todos los estados; y me acordé de una crisis en que, sobreviniendo la duda y la oscuridad en toda la extensión de mi inteligencia, nada quedaba ya en mí que estuviera visible. ¡Tinieblas puras y vacío absoluto! La víspera veía, ó por lo menos sentía todo en la claridad de la razón y de la fe; pero ¡hé aquí la noche aciaga, hé aquí la hora de las tinieblas, como está dicho en el Evangelio! y parece que ya no hay nada y que la nada es el fondo de las cosas.

¿Por qué no he caído yo en esa nada? ¿Cómo he permanecido pendiente sobre el abismo? ¡Ah! me quedaba un punto fijo y me mantenía adherido de corazón á la raíz de la infalible, evidente, absoluta, necesaria y universal religión, á saber : piedad, amor, trabajo por los hombres que sufren. Y de ese modo comprendí uno de los sentidos de este texto sorprendente de San Pablo : *Qui diligit proximum legem implevit*, « Quien ama á sus hermanos cumple toda la ley. » Comprendí el discurso de Nuestro Señor Jesucristo, prometiendo la vida eterna á quienquiera

que prácticamente, en espíritu y en verdad, ha tenido lástima de los hombres que sufren. Comprendí á San Vicente de Paul, radicalmente tentado contra la fe por espacio de tres años y volviendo á encontrar por fin la luz y la fe radiante en el momento que, desde el seno de las tinieblas, jura solemnemente consagrarse de lleno á la religion necesaria y al infalible deber, dándose él mismo y toda su fuerza á los que sufren. Y todo eso me hizo comprender el estado de las almas que ya no ven mas que un solo punto : amor á los hombres. Mas yo sé por la gran ciencia cristiana que no podria subsistir ese amor en grado ninguno, si no hubiera en esas almas alguna adherencia implícita á Dios; hablo de alguna adherencia de sentido íntimo y de voluntad. Sé qué tesoros y qué gérmenes pueden subsistir en los abismos recónditos del corazon, aun en medio de las mas profundas tinieblas del espíritu.

Y hé aquí que me pregunto hoy si yo que proclamo ardientemente á Dios con la palabra y el pensamiento, si estoy yo adherido á Dios mas profundamente que varios de los que en este momento han cesado de verle y borrarle del pensamiento. Ellos blasfeman de Dios con la palabra y el pensamiento y son muy culpables; pero yo que pienso y hablo de él, quizás le blasfemo con mi vida y con mis largas resistencias á sus mas fuertes inspiraciones; quizás le

blasfemo mas odiosa é irreparablemente que ellos con su doctrina. Es cierto que son culpables; pero ¿quién puede decir : Yo soy ménos culpable que ellos? Esta es la verdad que reconocerá todo cristiano, y que todo sacerdote que, en la lucha intelectual, pelea segun la justicia contra los perniciosos y culpables doctores del ateísmo, debe tener grabada en su corazon.

Pero despues de bien entendido todo eso, vuelvo á emprender la lucha y me veo precisado á proseguir contra esos escritores perniciosos y culpables mi terrible demostracion. He dicho : *secta de ateos*, y voy á probar esa palabra.

III.

Lo repito, costará trabajo creerlo, pero al verlo habrá que convenir en ello : El principio que ha nacido en nuestros dias, ese principio que, segun los sofistas, separa como con un abismo el porvenir y el pasado del espíritu humano; ese principio que constituye la esencia misma de la ciencia, es el ateísmo : el ateísmo, he dicho, hé ahí el principio y el axioma de la secta.

Pero qué, ¿hay alguno que dice en términos propios : Nuestro principio es el ateísmo; ó de otro

modo : Nuestro principio es la negacion de Dios? No, ninguno de los escritores á quienes aludo habla así, puesto que todos están decididos á mantener el nombre de Dios y quizas hasta la idea de Dios. No dicen ellos : Nuestro principio primero, necesario y fundamental es la negacion de Dios; sino que dicen : *Es la negacion de lo sobrenatural*. La esencia de la crítica es la negacion de lo sobrenatural. Tal es su axioma.

¿ Pero qué es lo que ellos entienden por sobrenatural? Escuchad esta definicion : « Nuestro principio « consiste en mantenerse constantemente fuera de lo « *sobrenatural*, es decir de lo *imaginario*... El prin- « cipio dominante de la verdadera historia, como de « toda verdadera ciencia, es que lo que no está en la « naturaleza nada es ni puede ser contado por nada, « como no sea por una idea ¹. »

De modo que el principio de la secta no consiste mas que en mantenerse constantemente fuera de lo *sobrenatural*, es decir en saber que lo que no está en la naturaleza nada es como no sea una idea; en otros términos, en saber que sobre la naturaleza no hay Dios, no hay Dios real y viviente, sino solamente la idea abstracta de Dios.

« El dogma nuevo, dice uno de ellos, eliminando

¹ M. Havet, *Revista de Ambos Mundos*, 1º de agosto de 1863.

« definitivamente todas las voluntades *sobrenatu-
« rales* conocidas con el nombre de dioses, ángeles,
« demonios, *providencia*, manifiesta que todo obe-
« dece á leyes naturales que, si se quiere, se llama-
« rán las propiedades inmanentes de las cosas... Ese
« es nuestro catecismo ¹. »

« La filosofía positiva declara que no admite las
« teologías que, bajo la forma fetiquismo, politeísmo,
« y monoteísmo, suponen una accion *sobrena-
« tural*². »

« Las ciencias, dice el mismo escritor, se mues-
« tran cada vez mas contradictorias é incompatibles
« con las concepciones del *supernaturalismo*, de
« tal manera que si se retuviera la idea de un ser
« teológico cualquiera, no por eso seria ménos nece-
« sario en seguida concebirlo reducido á la nulidad,
« puesto que no hay en la marcha de las cosas huella
« alguna de milagro y de gobierno de arriba ³. »

« Las ciencias suponen, dice M. Renan, que nin-
« gun agente *sobrenatural* viene á turbar la marcha
« de la humanidad; que esa marcha es la resultante
« inmediata de la libertad que reside en el hombre
« y de la fatalidad que reside en la naturaleza ⁴. »

¹ Littré. *Conservacion, revolucion, positivismo*, p. 26.

² *Ibid.*, p. 61.

³ *Ibid.*, p. 297.

⁴ *Explicaciones*, p. 24.